

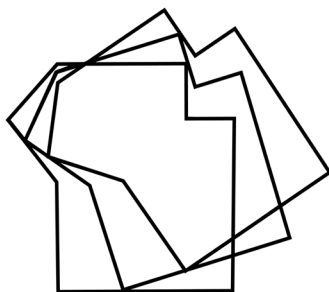
ESCAPANDO DEL RECUERDO

BENJAMÍN RECACHA GARCÍA



BENJAMÍN RECACHA GARCÍA

ESCAPANDO DEL RECUERDO



SALTOALREVERSO

ESCAPANDO DEL RECUERDO
© Benjamín Recacha García, 2018

SALTOALREVERSO

De esta edición:
Salto al reverso, 2018
saltoalreverso.com

Primera edición: abril de 2018
ISBN: 978-84-09-01234-3
Depósito legal: B 9593-2018

Ilustración de portada: Fran Recacha
Diseño de portada: Fiesky Rivas
Diseño de colección: Fiesky Rivas

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito del autor.

A quienes el recuerdo los impulsa a avanzar.

*Oh, we can beat them, forever and ever.
Then we could be heroes just for one day.*

DAVID BOWIE - HEROES

*Sara, dulce, cuéntame el secreto azul
que se esconde en tus ojos tibios de animal.*

EL ÚLTIMO DE LA FILA - SARA

*Y no hace mucho que rompí
tu recuerdo pensando
acabar de una vez.
Pero el tiempo y la distancia
no son todo para mí,
siempre hay algo que me hace volver.*

HÉROES DEL SILENCIO - LA CARTA

AGRADECIMIENTOS

La historia que estás a punto de leer iba a ser solo un relato en Salto al reverso, el proyecto coral en el que participo desde 2013, pero tras un par de entregas con el título de *Centrifugando recuerdos* me di cuenta de que estaba escribiendo una novela.

En septiembre de 2017 publiqué el último capítulo, y entonces comenzó el trabajo de reescritura y edición para transformar la serie en el libro que tienes entre las manos. El primer agradecimiento, pues, va para Carla Paola Reyes, editora y alma de Salto al reverso, por haber confiado en mi obra para publicarla con su joven e ilusionante sello editorial. Un agradecimiento que hago extensivo a toda la familia de Salto al reverso y a sus lectores, que hacen que tan bonito proyecto colectivo tenga mucho sentido.

Dicen que el éxito de un libro empieza por su portada: es el escaparate al que se asoman los potenciales lectores. Si el éxito dependiera solo de ella, mis libros serían *best-sellers*, pues tengo la inmensa fortuna de contar con la colaboración del mejor artista que conozco: mi hermano Fran Recacha. En esta ocasión, me ha cedido su obra *Calypso Blues*. Una maravilla con la que Fiesky Rivas, diseñador de Salto al reverso, ha creado una cubierta extraordinaria.

El agradecimiento más importante es para quien, involuntariamente, me inspiró la historia. Ella seguramente nunca lo sabrá. Aquella empleada del *camping* Bielsa (donde veraneaba en 2016 con mi familia) que, sentada en el suelo, esperaba a que terminara la lavadora, fue el germen de mi quinta novela. Mil gracias.

Por último, un recuerdo para todas las personas que me apoyan en la aventura literaria, y especialmente para las que leen mis libros, los libros de uno de tantos autores anónimos que sueñan con, en algún día lejano, llegar a ser reconocidos por su obra.

PRÓLOGO

La pluma de Benjamín Recacha tiene ya un recorrido notable y ha seducido a miles de lectores con sus historias. Estoy convencida de que con esta obra que os presento consolidará la confianza de quien ya conoce sus letras y continuará cosechando victorias en este difícil mundo de la literatura.

Hablamos de un autor que, como yo, se ha hecho a sí mismo utilizando tres herramientas imprescindibles para cualquier creativo: imaginación, trabajo y pasión. Sin padrinos, sin sellos editoriales, sin agentes ni favores; luchando sin descanso por su sueño y nada más.

Creo que los protagonistas de esta novela conquistarán desde el primer momento al lector. Luis y Sara son dos personajes muy bien perfilados y esta maestría hace que a pesar de sus complejas personalidades en todo momento se nos antojen cercanos, como nos ocurre con los buenos amigos. Ellos son dos jóvenes aventureros y luchadores que coinciden ya marcados en su pasado reciente por una tragedia emocional que les impide volver a enamorarse.

El autor plasma con realismo y emoción a partes iguales la batalla entre la razón y el corazón que ambos mantienen. Después de un rato de lectura, Luis y Sara se yerguen sobre el papel para presentarse vivos, conquistar al lector y hacerlo su compañero de viaje, tanto por el mundo de los sentidos como por España; un viaje que para Luis estará plagado de aventuras y anécdotas. Mientras recorre el país de norte a sur no dejará de preguntarse qué es lo que vio en los ojos de Sara como para abandonarlo todo y correr a su encuentro, aun sabiendo que apenas tiene posibilidades de ser escuchado.

Impagables los escenarios y las acertadas descripciones de Granada. Como oriunda de esta mágica tierra, es obligado comentar en esta introducción que Benjamín ha sabido recrear cada rincón con gran veracidad y sentimiento: el Albaicín, Sierra Nevada, la Alhambra, el Paseo de los Tristes, el Sacromonte, las zambras... El conocimiento de los lugares y la cultura de esta capital es extraordinario.

Es de justicia manifestar la pulcritud del lenguaje del autor, con su estilo sencillo e impecable consigue que la lectura avance sin el más mínimo tropezón, lo cual ayuda enormemente a centrarse en los entresijos de la trama. Como autora autopublicada en varias ocasiones, complace especialmente la impecable corrección; Benjamín es el claro ejemplo de que entre los autores independientes hay historias excelentes, tanto en la forma como en el fondo, escritas por artesanos de las palabras entregados en cuerpo y alma a su oficio.

Estamos ante una obra que se paladea página a página, plagada de sorpresas, reflexiones y emociones, escrita para los que creen que la vida es una aventura que hay que abordar con una mochila ligera y gran capacidad de amar.

Agradezco al escritor la oportunidad que me ha brindado de sumergirme en esta excelente historia y haber conseguido con tanta facilidad transportarme a esa realidad paralela y mágica tan necesaria para los que necesitamos vivir más allá de nuestra existencia.

¡Enhorabuena, Benjamín!

Mercedes Pinto Maldonado
Abril de 2018

La lavadora todavía no ha acabado. Su primera reacción es marcharse, pero el número cinco en la pantallita hace que lo reconsidere. «Solo son cinco minutos. Puedo esperar aquí», se dice.

El primer minuto lo pasa de brazos cruzados frente a la máquina, pero sus cansadas piernas le recuerdan que le espera otra agotadora jornada sirviendo mesas, barriendo, preparando cafés y limpiando cuartos de baño.

«Menos mal que el ambiente es bueno», reflexiona mientras se agacha hasta que la puerta de carga de la lavadora le queda delante de la cara. Una chorreante camiseta parece suplicarle auxilio desde el interior, mareada por tantas vueltas.

Enseguida Sara queda hipnotizada por el baile sumergido de su ropa. El programa no ha alcanzado aún el centrifugado, de modo que las prendas giran a una velocidad que permite identificarlas. Blusa roja de trabajo, pantalón negro de trabajo, calcetines, más calcetines, bragas de algodón, camiseta... «¿Tres minutos aún?». La pantallita descuenta números a un ritmo exasperante.

Un pinchazo sostenido en las rodillas le obliga a cambiar de postura. Se sienta en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la cabeza girada hacia la derecha para no perderse detalle de la coreografía textil.

Otra blusa de trabajo. «Esta semana está siendo terrible. No sé si volveré el año que viene». La oferta anunciaba sueldo fijo más propinas, alojamiento y manutención incluidos, y buen ambiente de trabajo.

Lo cierto es que prometía bastante más que la basura generalizada que había ido descartando. Si durante el año ya era complicado encontrar un empleo decentemente remunerado, en verano la cosa empeoraba. Por eso Sara probó fortuna con la

propuesta del *camping*, en pleno Pirineo Aragonés, tan lejos de su querida Granada.

El choque de una camiseta de tirantes contra la puerta transparente le provoca un sobresalto. La prenda se ha quedado enganchada. El sobresalto, sin embargo, tiene más que ver con el recuerdo.

«Mira que eres tonta. Ya ha pasado casi un año y esa estúpida camiseta te sigue recordando a ese cretino que no se merece que le dediques ni un segundo más de tu vida... ¿Por qué no la habré quemado?».

—Pero es que estaba tan colada...

Se da cuenta de que el pensamiento ha salido de su boca y nota cómo el calor invade su rostro. Se gira y suspira aliviada. No hay nadie.

Cuando vuelve la vista a la lavadora presencia cómo la camiseta es engullida por el resto de la ropa. Se le dibuja una absurda sonrisa rencorosa.

—Jódete, cabrón —masculla, como si la prenda que tanto le gustó entonces cegada por el enamoramiento, «el atontamiento, más bien», ahora actuara a modo de muñeco de vudú. Ya solo se la pone para limpiar.

«Estás impresionante». Aún puede sentir aquellos ojos, azules como el mar en verano, clavados en ella. Todavía se le eriza la piel al recordar aquel paseo por las callejuelas del Albayzín. «Me encanta esa camiseta», anunció como una boba, con la cara pegada al escaparate. «¿La quieres? Vamos, te la regalo». Salió de la tienda con ella puesta, aunque él se la quitaba con la mirada.

Se besaron en cada esquina.

Más tarde se la quitó con las manos.

Todavía siente los escalofríos, y eso la cabrea.

—Gilipollas.

—Vaya. Siento si te he molestado.

Esta vez sí hay alguien. Sara nota cómo el suelo se abre bajo su culo.

—¡Oh! No, no te lo decía a ti. —Las palabras le salen atropelladas—. Perdona, es que estaba pensando en alguien que...

—No te preocupes, no pasa nada. Solo venía a ver si ya estaba libre la lavadora.

«¿Aún dos minutos? Esta maldita máquina me toma el pelo».

Sara está acaloradísima. Toda la sangre se le ha concentrado

en la cara. Nunca se había sentido tan estúpida. «Sí, te sentiste mucho más estúpida durante otra tarde de paseo por Granada», la corrige esa parte de su conciencia que no pierde oportunidad de machacarla.

«Sara, tenemos que hablar. Estas semanas han sido maravillosas. Eres la chica más increíble que he conocido en mi vida, pero...». No lo dejó acabar. Se sentía la persona más imbécil del mundo, pero aun así fue capaz de conservar la dignidad. «Vete a la mierda». Dio media vuelta y lo dejó allí plantado, con sus embusteros ojos azules y la palabra en la boca. No permitiría que la viera llorar.

—¿Estás bien?

El recién llegado la mira con gesto entre curioso y preocupado. La ha reconocido. Es una de las chicas que trabaja en el bar. Sara reacciona a la voz y se fija en él por primera vez. «Es guapo», sentencia la parte de su conciencia que le urge a pasar página, la misma que la llevó a aceptar el empleo.

—Ay, perdona. Hoy estoy un poco espesa. —Vuelve a centrarse en la lavadora—. No sé qué le pasa a este cacharro; hace un cuarto de hora le quedaban cinco minutos.

—Vale. Si no te importa dejo aquí la ropa y vuelvo en un rato.

En el bar ya le había parecido maja y, ahora, con el pelo suelto, camiseta, pantalón corto y chancletas en lugar del uniforme de trabajo, está realmente guapa. El azoramiento por la metedura de pata aún la hace más atractiva.

Luis se siente intimidado.

No es novedad. Lleva tiempo huyendo de sus sentimientos, desde que Ella se los destrozó. Ella, la primera y única mujer a la que había amado, a la que se había entregado con devoción. Demasiada, visto el resultado.

Durante unos segundos, Sara y Luis se sostienen la mirada. La joven está a punto de apartarla, pero se da cuenta de que en realidad no la está mirando a ella, sino a alguien que habita en su recuerdo. Eso la tranquiliza. «¿Quién será?», se pregunta.

El ruido de la lavadora, que ha empezado a centrifugar, diluye el momento.

—Vale. —Luis carraspea. Está nervioso—. Ahora vuelvo.

Se gira y sale de la caseta donde comparten espacio fregaderos, lavadora y secadora.

—Pero si ya va a acabar...

Sara se da cuenta de que se ha llevado la ropa. Unos segundos después, vuelve a abrirse la puerta y le sorprende sentir un cosquilleo en el estómago ante la posibilidad de que sea él. Pero no, es una señora con un gran barreño repleto de cacharros para fregar.

—Buenos días.

Sara devuelve el saludo y se concentra otra vez en el baile, ahora frenético, de su ropa.

2

El sonido del agua cayendo furiosa por la montaña lo relaja. Ya ha comprobado que sentarse junto a un arroyuelo de aguas saltarinas no le basta; al contrario, le produce nostalgia. Y Luis no quiere ponerse nostálgico; en su caso cualquier tiempo pasado fue peor. Eso es lo que quiere creer.

El día anterior, después de salir del cuarto de la lavadora, dejó la bolsa de la ropa y se fue a andar, siguiendo el curso de un riachuelo de aguas cristalinas. Era agradable adentrarse en el bosque de ribera, disfrutar de la naturaleza en calma, acompañado únicamente por el vuelo de los insectos y de los pajarillos, que además ponían la banda sonora. Parte de ella, al menos. La otra parte correspondía al sonido del agua deslizándose sobre las piedras, en una coreografía y con una frecuencia casi hipnóticas. Luis se sentó en una roca para descansar y tomar un bocado, y sin darse cuenta cayó víctima del recuerdo, el mismo del que estaba huyendo.

Cuando consiguió sacudirse aquellas imágenes de falsa felicidad (era lo que él se decía: «Ése no eras tú, estabas hechizado por el deseo de que aquello fuera real, de que fuera perfecto y eterno»), notó otra vez el peso del rechazo sobre sus hombros. «No volveré a enamorarme».

Pero no quería sentirse así. Levantó la vista y vio, a lo lejos, encaramada sobre paredes de roca que parecían inaccesibles, la cascada. Era una pincelada blanca en la montaña, inmóvil, pero el rugido lejano delataba su verdadera naturaleza. Al día siguiente trataría de alcanzarla.

Y ahí está ahora, hechizado por el espectáculo, sintiendo cómo la furia del agua que se precipita hacia el vacío y se estrella contra la laguna, mucho más abajo y después de rebotar en las rocas, sintiendo cómo esa furia salvaje que lo arrastra todo

se lleva también su nostalgia, dejando asomar, tímidamente, la determinación por empezar a recorrer un nuevo camino.

Al regresar al *camping* se siente relajado y está de buen humor, así que decide entrar en el bar a tomarse una cerveza y unas raciones. Se sienta en una mesa y coge la carta de entre el expendedor de servilletas y los botes de ketchup y mostaza. Antes de acabar de leer el listado de raciones, levanta la mirada y la pasea por el local. Detrás de la barra localiza a un joven camarero que no había visto aún, pero ella no está. «¿Tendrá fiesta hoy?», se pregunta, algo decepcionado, mientras recuerda con cierta vergüenza su extraño comportamiento de la víspera. Se acerca el chico y le toma el pedido. Enseguida le trae una jarra de cerveza bien fría, que coloca sobre un mantelito de papel, junto a la servilleta con los cubiertos.

La pantalla gigante emite un partido de fútbol. A Luis no le interesa especialmente, pero entre sorbo y sorbo acaba cayendo presa de la imagen. Balón arriba, balón abajo, patada por aquí, empujón por allá, bronca entre los jugadores, conato de pelea, el árbitro que intenta poner paz...

—Hola. Has pedido unas bravas, ¿verdad?

Es ella. Con el uniforme de trabajo y el pelo recogido en una coleta, pero es la misma chica que la mañana de ayer esperaba junto a la lavadora. Sonríe. Luis se pone nervioso.

—La lavadora acabó enseguida, pero te habías llevado la ropa. No sé si al final se te adelantó alguien.

—Bah, no te preocupes. La verdad es que todavía no he vuelto. —En la pantalla uno de los equipos celebra un gol—. Me fui de excursión, y hoy también. Acabo de volver.

Le muestra las botas de montaña.

—Bien hecho. Estoy segura de que lo has pasado mucho mejor que viendo girar la ropa. Te puedo decir, por experiencia propia, que es bastante aburrido.

En la mente de Luis se dibuja la gran cascada.

—Pues sí, el espectáculo ha valido la pena.

El árbitro ha anulado el gol y se vuelve a armar un buen follón.

—Uy, perdona. No te estoy dejando ver el partido. Además —Sara dirige una mirada resignada a la barra—, tengo trabajo.

—Oh, no, si a mí el fútbol no...

Sara ya se aleja, pero enseguida gira la cabeza.

—Ahora te traigo los calamares —le anuncia sonriendo y desaparece tras la puerta batiente de la cocina.

Luis levanta la jarra, dejando al descubierto un aro mojado en el papel, y bebe un trago largo. En la pantalla el árbitro muestra tarjetas amarillas y rojas a diestro y siniestro. Deja la cerveza en otro punto del mantel, se lleva una patata a la boca y se pone a jugar, distraído, con la huella de la cerveza. Todavía quedan gotas de agua que el papel no ha absorbido. Moja el dedo en ellas, como si fueran acuarelas, y dibuja formas extrañas.

«Me gusta... A lo mejor estoy flipando, pero diría que yo también le gusto un poco...».

—Vaya, se te da bien.

Sara señala el dibujo levantando las cejas. Luis da un pequeño respingo y nota el calor en las mejillas. Balbucea algo ininteligible, lo que provoca una risita espontánea en la joven. Se da cuenta del efecto que su presencia causa en él y le divierte. «Qué mono».

—Marchando una de calamares.

Al dejar el plato en la mesa, se acerca más de lo reglamentario al cliente y al retirarse casi le roza el hombro derecho con su pecho izquierdo mientras le dedica una mirada traviesa. Luis está rígido. Hace mucho que no experimenta sensaciones parecidas. El flirteo no existía en su vida. «Le gusto», es todo lo que consigue pensar. Agarra la jarra y vacía la mitad. Necesita refrigerarse.

En la pantalla es ahora el otro equipo el que celebra el gol. Esta vez el árbitro lo da por válido y despierta nuevas iras de quienes se consideran perjudicados. Empiezan a caer objetos al campo. El público tampoco está conforme.

Sara, en cambio, sí está contenta. Cada vez que entra en el comedor desde la cocina, lo primero que hace es mirar al chico nervioso. Cuando se cruzan las miradas, le sonrío.

Luis se siente descontrolado. «Le gusto», insiste, y engulle patatas y calamares. Se le ha acabado la cerveza y tiene más sed, mucha, pero, aunque en ese momento no hay nada que desee más que volver a notar la proximidad de la chica de la lavadora, no se atreve a llamarla. Por un momento aparece en su mente el recuerdo de Ella, reprochándole su actitud. «Pero ¿qué haces? ¿Acaso crees que va a estar pensando en ti? Olvídala y vive tu vida de una puñetera vez».

Finalmente se gira y la encuentra detrás de la barra, preparando cafés. Enseguida lo ve y le vuelve a sonreír. Cuando deja los cafés en otra mesa, se acerca.

—Están buenos los calamares, ¿verdad?

—Sí, muy ricos. Las patatas también. —Levanta la jarra vacía—. ¿Me puedes traer otra?

—Claro.

Sara alarga la mano y antes de quedarse con la jarra le acaricia los dedos. Un escalofrío recorre el brazo de ambos. «¿Qué te pasa, Sara? Estás descontrolada. Tú no vas por ahí, ligando con los clientes». Carraspea, encoge el brazo y se aleja.

Luis se siente como una olla a presión. Necesita levantarse y salir un momento para liberar esas sensaciones que en realidad no sabe decir si las había olvidado o es que nunca las experimentó.

Regresa un par de minutos después y se encuentra con la jarra llena en la mesa. Se bebe la mitad de una vez y tiene que ahogar un eructo enorme. La camarera no está en la sala. El partido de fútbol acaba con una nueva bronca. Luis da buena cuenta de las últimas patatas bravas.

—Me llamo Sara. Acabo de trabajar a las once. Si te apetece, cuando salga charlamos un rato. Es decir, si no te quieres ir a dormir ya, que supongo que estarás cansado por la excursión. —Las palabras le salen a borbotones—. Yo es que después de currar estoy tan cansada que no puedo dormir, necesito relajarme y, no sé, parece que nos caemos bien. Tú me caes bien, y estoy tan sola aquí que estaría bien que charlásemos un rato. Si te apetece, claro. Perdona, pero aún tengo que recoger unas mesas y... ya sabes.

Sara se aleja sin esperar una respuesta del perplejo cliente. «Claro que me apetece», se contesta a sí mismo, unos segundos después. «Aunque esté hecho un asco. Ni siquiera me he quitado las botas. Son las diez y media. Si me doy prisa me da tiempo a asearme un poco y cambiarme esta ropa».

Paga la cuenta al camarero joven y se va. Sara no ha vuelto a aparecer por el comedor. «A las once estaré en la puerta». Le tiemblan las manos. «Necesito un cigarro».

Luis se detiene al salir del bar. Respira hondo mientras mira en torno, sin fijarse en nada en concreto. «A las once», se repite nervioso. Ha refrescado. Se frota los brazos un momento y abre la cremallera de la pequeña mochila en busca del paquete de tabaco y el mechero. Con la primera calada expulsa también parte de la ansiedad que lo domina desde hace un rato. La luna llena empieza a asomar tras las montañas.

Se dirige a la tienda de campaña en busca de una camiseta limpia, una sudadera, y se cambia de calcetines y calzado previo paso por el baño, donde también se cepilla los dientes. «¿Y si nos besamos?», es uno de los disparatados pensamientos que lo asaltan.

A las once vuelve a estar en la puerta del bar. El camarero joven barre entre las mesas de la terraza. Un grupo de amigos se resiste a poner fin a su animada charla. Luis se apoya en el alféizar de la ventana más cercana a la entrada y está tentado de sacar otro cigarrillo. «¿Y si ella no fuma? ¿Y si nos besamos...? Déjate ya de pajas mentales». Finalmente descarta la idea.

«¿Cuál fue la última vez que te sentiste así?». Luis rebusca en su memoria. Inevitablemente, piensa en Ella. Le duele, pero esta vez en lugar de cerrarse en banda trata de remontarse en el tiempo, a aquel primer encuentro, tan fugaz como imborrable, en el pasillo de la facultad. Se cruzaron y algo les hizo girar la cabeza. La melena revuelta, los ojos claros y la sonrisa tímida aceleraron su corazón. Aún lo hacían, aunque quisiera olvidarla.

Sara no es Ella. Sabe que no le va a revolucionar la vida, pero le gusta. Solo por haber conseguido que no huya vale la pena darse la oportunidad de mantener una charla agradable. Mira la luna que, redonda como un queso, ya reina en el cielo. Luis suspira y cierra los ojos. Y entonces la ve. Está encima de él, son-

riendo lasciva, con los labios entreabiertos a un dedo de su cara. El pelo le hace unas cosquillas deliciosas en los hombros y en el pecho. Nota los pezones duros de Ella contra los suyos. Juguetona, se incorpora... y ahora ese rostro encendido de placer es el de Sara.

«Jo, tío, qué salido estás», se reprocha mientras abre los ojos y lo asalta la incómoda sensación de estar siendo observado, como si hubieran adivinado el calentón que lo ha dominado y que ahora intenta disimular con movimientos muy poco naturales. Pero nadie le presta atención, salvo Sara. Cuando Luis la ve, plantada a un par de metros, toda la sangre le sube a la cara.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Solo un minuto. —Le sonrío—. Parecía que estabas tan a gusto que no he querido interrumpirte.

Luis aparta la vista, nervioso, y carraspea.

—Es... estaba disfrutando de la luna.

Sara mira al cielo.

—Sí, está preciosa. La pena es que con tanta luz apenas se ven estrellas. —Vuelve a clavar sus ojos sonrientes en él—. ¿Damos un paseo?

—Vale. ¿No tienes hambre?

Empiezan a andar hacia ningún sitio en concreto.

—He picoteado algo. La verdad es que estoy hecha polvo, pero necesito que me dé el aire. Desde que estoy aquí mi vida consiste en trabajar y dormir, y últimamente poco y mal.

Luis asiente, pero está tenso y no se le ocurre nada ingenioso que decir. Sus manos, metidas en el bolsillo frontal de la sudadera, juguetean nerviosas con el paquete de tabaco.

—¿Fumas?

—Se supone que lo he dejado, pero me temo que estoy cayendo de nuevo...

—Yo también lo intenté, pero cuando estoy nervioso necesito fumar.

—¿Y ahora estás nervioso? —pregunta, traviesa.

«No sabes cuánto», responde en su mente. Lo que sale de su garganta es otro carraspeo. Sara ríe y se engancha a su brazo.

—Hace fresquito —lo mira, y nota la tensión de él, que lo mantiene rígido—, pero si te pongo nervioso te suelto.

—No, no... Es solo que no estoy acostumbrado.

Solo Ella se le había acercado así, y ahora sigue incordiando en su mente.

Sara se aparta un poco y se detiene. De repente está triste.

—No sé a quién quiero engañar. —Además de tenso, ahora Luis está desconcertado—. Yo me siento igual que tú. También he llegado aquí tratando de escapar de mi pasado. —Suspira profundamente y vuelve a mirar al cielo.

«Joder... ¿Y ahora qué?».

Tras unos segundos de silencio, en los que el cerebro de Luis busca desesperadamente descifrar la clave que dé con las palabras adecuadas, los ojos de Sara vuelven a clavarse en los de él.

—Ya sé que estás nervioso, pero se suponía que íbamos a charlar, ¿no?

«Qué torpe eres, colega. ¿Se ha enfadado? ¿Está de broma? ¿Ya se ha arrepentido de la cita? ¡Haz algo, idiota!».

Sara se ha adelantado unos metros, hasta la valla de madera que separa la pradera del río. Abajo, el agua fluye en calma tras haber sido derramada por la gran cascada, una línea blanca en lo alto de la imponente montaña que domina el valle en el que está instalado el *camping*.

—Toma. —Sara se gira y coge el cigarrillo, ya encendido, que él le ofrece. Él se lleva otro a la boca y fuma despacio. Se sitúa junto a ella, con los brazos apoyados en la valla—. Me llamo Luis.

—Encantada, Luis. —Se dan dos besos, como si acabaran de conocerse.

Él señala a la cascada.

—Hoy he estado allí. —Da otra calada—. Impresiona mucho.

—Yo llevo aquí dos meses y aún no he ido.

—Pues te lo recomiendo. El rugido del agua ayuda a arrastrar los malos recuerdos.

Sara se gira hacia él y lo mira con interés.

—¿Qué malos recuerdos?

Luis exhala una espesa columna de humo antes de responder, con la vista fija en lo alto de la montaña.

—Los que me dejó Ella.

4

Durante un par de minutos fuman en silencio, mirando al río sin verlo, cada uno inmerso en su memoria. Entonces Sara suelta una última bocanada, apaga con parsimonia el cigarrillo contra la valla y deja la colilla encima. Luis, en cambio, tira la suya al vacío.

—Eso es. —Sara le lanza una mirada de reproche—. No sé qué extraño mecanismo mental os hace creer que las colillas no son basura.

«Mierda».

—Eh... Vaya... Tienes razón. La verdad es que lo hago sin pensar.

—Ya, y seguro que cuando vas por la montaña y te sientas a descansar o a comer no te importa estar rodeado de ellas.

«Esto no va bien».

—Bueno, perdona. Esa ya no la voy a poder recuperar, pero te prometo que no lo volveré a hacer.

Sara parece no prestarle atención. Vuelve a mirar hacia la montaña, iluminada por la gran luna, que avanza sin pausa en su recorrido a través del firmamento.

—¿Por qué es todo el mundo tan egoísta? ¿Por qué la gente solo piensa en sí misma? ¿Es que no se dan cuenta de que lo que hacemos afecta a otras personas? —Luis escucha aguantando la respiración. De repente, Sara se gira otra vez y lo mira directamente a los ojos—. ¿Tú no te lo preguntas? ¿Eres de esos?

«Esos deben de ser los malos. No, yo no soy de esos, claro que no, te lo juro».

Lo último que esperaba Luis era que lo sometieran a un tercer grado. Está tenso y carraspea, pero esta vez no se queda sin palabras.

—Esto no tiene que ver con la colilla, ¿verdad?

Sara suspira.

—No... Bueno, no y sí, todo tiene que ver con todo. —Vuelve a quedar en silencio y menea la cabeza. Nota una presión creciente en las sienes y, aunque no quiere llorar, no puede evitar que lágrimas silenciosas desborden las cuencas de sus ojos—. Perdona, esto no es culpa tuya. —Titubea un instante—. Estoy cansada, será mejor que me vaya a dormir.

La joven empieza a desandar el camino, hasta que una mano se le posa en el hombro. Se detiene. Nota las mejillas mojadas, pero la presión en las sienes ha disminuido.

—No te vayas. —Ella duda—. Sentémonos en la hierba y te hablaré de esos malos recuerdos. —Sara se gira lentamente y lo mira. La luz pálida pero sorprendentemente luminosa de la luna deja al descubierto unos ojos anegados, los ojos de una muchacha triste y solitaria. Luis busca con urgencia una salida ingeniosa que relaje el ambiente—. Te advierto que necesitaré fumar, pero te prometo que no tiraré la colilla.

Sara sonríe y acto seguido levanta la mano derecha. Luis deja escapar una carcajada. Allí, atrapada entre los dedos índice y pulgar, se encuentra la colilla que ella no lanzó. Los dos ríen con ganas.

—Entonces, ¿te pones así de tenso siempre que se te acerca una chica?

Luis señala una roca plana junto al camino, cerca de la valla, y se sientan. Pero antes de contestar enciende otro cigarro. Se lo ofrece a Sara, que lo rechaza con una sonrisa.

—Por hoy ya tengo suficiente nicotina —dice, mientras se seca los restos de lágrimas con un pañuelo de papel. Envuelve con él la colilla y lo guarda en el bolsillo del pantalón.

Luis mira a la luna y suelta, despacio, una columna de humo. Cierra los ojos.

—¿Cuánto tarda en superarse que te abandone el amor de tu vida?

Sara siente un escalofrío que le recorre la columna y se le eriza el vello de la nuca. No se esperaba semejante pregunta. Se fija en Luis, que sigue con el cuello doblado hacia atrás y los ojos cerrados. Puede sentir su dolor.

—¿Cómo sabes que era el amor de tu vida? Eres muy joven.

—Si no lo era, no puedo imaginar entonces cómo debe doler.

—Me temo que no te voy a ser muy útil, porque yo no he estado nunca enamorada.

Luis devuelve el cuello a su posición natural y la mira.

—Antes he creído entender que estabas aquí huyendo de...

—Oh, aquello no era amor. Entonces lo creí, pero no. Solo estaba atontada. —Ahora es ella la que mira al cielo—. Pero dolió igual—murmura.

—El rechazo siempre duele, sobre todo cuando llega por sorpresa, sin motivo. Es como si se congelara el tiempo, solo para ti, justo en ese momento. Y te martiriza a todas horas. —Luis apaga la colilla en la roca, y la deja ahí. Le dedica una mirada cómplice a su acompañante, y ella sonríe—. Y entonces tu mecanismo de defensa te dice que debes odiarla, que tú no te mereces eso...

—Pero el corazón no entiende de razones y te recuerda cómo te hacía sentir su mirada.

Luis asiente con la cabeza, en cuyo interior sigue habitando aquella mirada que detesta tanto como añora, una batalla de sentimientos que se mantiene en tablas. «¿Por cuánto tiempo?». También la mente de ella evoca una mirada que quiere olvidar, pero que su cuerpo se resiste a dejar marchar.

—Es la primera vez que hablo de esto con alguien. Está bien —reconoce Luis.

—Me alegro de que la charla te sea útil.

—La verdad es que tengo pocos amigos, y cuando Ella se marchó lo último que me apetecía era ir por ahí contando mis penas.

—¿Y ahora sí te apetece?

—Bueno, la otra opción era dejar que pensaras que soy «de esos».

Ríen de nuevo.

—Sí, perdona. —Dirige una mirada distraída a su mano derecha, que juguetea con el liquen que habita en la roca—. Ando un poco peleada con el mundo.

—¿Tú tienes alguien con quien hablar?

Merche y Tere, sus compañeras de piso en Granada, desfilan por su mente. Echa de menos las veladas de risas y lloros en torno a una botella de vino. Toma aire y, antes de responder, sonríe de forma enigmática. Mira a Luis con expresión traviesa.

—Sí, tú ya la conoces. —El desconcierto reflejado en el rostro de él la hace reír—. La lavadora —revela por fin entre carcajadas. La risa descontrolada lo contagia y durante unos segundos no pueden parar de reír—. Pero —consigue vocalizar a duras

penas— no te la aconsejo como confidente, es muy ruidosa y no deja de dar vueltas.

Sara cae víctima de un ataque de risa que acaba con su cuerpo revolcándose en la hierba. Luis la mira, divertido. Sin embargo, aun en ese momento en el que disfruta como una niña, él tiene la certeza de que bajo las risas se oculta una mujer vulnerable.

—Qué luna tan impresionante. —Sara ya no ríe, pero sigue tumbada en la hierba—. Creo que nunca la había visto tan grande. Debe ser una de esas superlunas de las que hablan de vez en cuando en las noticias. —Mira a Luis desde el suelo—. ¿Por qué no te tumbas?

—Es que la hierba está húmeda y...

—Va, déjate de mariconadas y tumbate a mi lado. Aún tenemos mucho de qué hablar.

Luis obedece. Ahora los dos disfrutan de la luna sin riesgo para el cuello. Sus cuerpos casi se tocan.

—En un rato se esconderá tras esas montañas —anuncia él.

—Y entonces el cielo volverá a encender todas sus bombillas —completa ella—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta hacer desde que estoy aquí?

—Con aquí supongo que te refieres a desde que trabajas en el *camping*.

Sara gira la cabeza noventa grados hacia la izquierda y se encuentra con la cara de Luis, apenas a un palmo de distancia.

—¿A ti qué te parece? —le susurra, provocándole un escalofrío. Vuelve a dirigir su mirada al firmamento—. Ver las estrellas, eso es lo que más me gusta. Cada noche, antes de acostarme, dedico un buen rato a contar estrellas fugaces. Y les pido deseos.

—¿Y funciona? Lo de los deseos, digo.

—Ya sé que es una tontería, pero por probar no pierdo nada. Total, no tengo nada que perder.

—¿Quién era él?

Allí tumbados, con el cielo nocturno como espectador cómplice, Luis siente que puede hablar con libertad. Sara no responde enseguida. Él espera contando las estrellas capaces de desafiar la luz de la superluna.

—Un gilipollas. No puedo creer que fuera tan tonta de caer en las redes de un tipo como aquel. —«Pero sus ojos te siguen derritiendo», piensa—. Para él solo fui otro ligue de verano.

—Pues sí, un gilipollas.

Sara se gira hacia Luis, apoyándose con el codo en el suelo y la mano en la mejilla. Él continúa con la vista fija en el cielo. Nota su respiración acariciándole el rostro. Es agradable tenerla tan cerca.

Sara va a decir algo, pero él se le adelanta.

—Yo quiero odiarla, pero no puedo. Estaba tan pillado, que mi mundo giraba en torno a Ella. Cuando se fue me quedé tan vacío que todo dejó de tener sentido.

—Vaya. Lo siento. —Sara titubea un instante, pero acaba haciendo la pregunta—. ¿Por qué te dejé?

Luis cierra los ojos. Es lo que él lleva preguntándose tanto tiempo, y lo que tanto le sigue doliendo.

—No lo sé. Simplemente se marchó. —Recuerda aquella última mirada que lo asalta a todas horas. En ella no había reproche, dolor ni enfado. Solo tristeza—. Creo que... que la decepcioné.

Sara se vuelve a tumbar. No sabe qué decir. La luna ya casi ha alcanzado la meta de esa noche y empiezan a aparecer estrellas. De repente, nota un pellizco en el estómago.

—¡Mira! ¡Una estrella fugaz! ¿La has visto?

—No. Estaba con los ojos cerrados.

—Bueno, seguro que veremos más.

—¿Qué deseo has pedido?

Sara gira la cabeza. Él también. Sus narices casi se tocan. Ella sonríe. Una sonrisa dulce que desaloja la nostalgia de la mente de Luis.

—¿De verdad quieres saberlo? —susurra—. Ya sabes que si se cuentan los deseos no se cumplen.

Luis recibe esas palabras como suaves y cálidas caricias.

—Me arriesgaré.

Durante unos segundos, Sara y Luis bucean en la mirada del otro. Él nota la excitación que precede a los momentos dignos de recordar. Ella está relajada. Las lágrimas de hace unos minutos ya son historia. Luis se acerca y, cuando los labios están a punto de encontrarse, Sara se vuelve para mirar las estrellas. «¿Por qué no? ¿Por qué no puedo besarlo?», se pregunta, pero no obtiene respuesta. Luis se queda en la misma postura, bastante frustrado.

—¿No era ese el deseo? —pregunta él.

Ella no contesta enseguida. Tiene la vista fija en la Osa Mayor. El titileo de las estrellas le sigue pareciendo cosa de magia.

—Aún me estoy arrepintiéndome de la última vez que besé a alguien —murmura.

—¿Cómo se llamaba el «gilipollas»?

Sara sonrío en silencio.

—¿Qué más da? Era un tío más, uno de tantos que engañan a niñas tontas como yo gracias a unos ojos mentirosos y una sonrisa falsa.

—Yo no soy de esos. Tengo unos ojos vulgares y una sonrisa muy común, así que no podría engañar a nadie.

Sara se gira de nuevo hacia él.

—Lo sé. Pero no es verdad lo que dices. —Vuelve a perderse en su mirada—. Tienes unos ojos bonitos, tristes pero sinceros, y una sonrisa tímida pero cálida.

Esta vez Luis contiene el impulso de besarla. En cambio, se atreve a cogerle la mano. Ella no la retira.

—Tu mirada también es triste. Te esfuerzas en aparentar alegría... —Hace una pausa y está a punto de dejarlo—, pero hay algo profundo que lo impide, y me pregunto si es solo por lo de ese tío.

A Sara se le encienden todas las alarmas. Cierra los ojos y aparta la cabeza. Un segundo después se suelta de la mano y se incorpora, nerviosa. Primero se queda sentada en la hierba, luego se sube a la roca y finalmente se pone de pie.

—Es muy tarde. Mañana no voy a poder con mi alma. Lo siento, pero me tengo que ir a dormir. —Luis no entiende nada—. Me ha gustado mucho pasar este rato contigo. Mañana nos vemos en el bar, o no, bueno, no sé, ya veremos. Adiós.

—Sara, espera. No te vayas aún. —Luis se incorpora de un salto y va tras ella—. No sé qué he dicho para molestarte, pero créeme que no pretendía...

Sara vuelve a sentir la mano en su hombro, pero esta vez no se detiene. Luis insiste, y entonces se gira. Las lágrimas amenazan de nuevo con desbordarse.

—Déjame, por favor. Ya te he dicho que necesito descansar.

No hay vuelta atrás. La joven arranca a correr. Nota el líquido salado en los labios y el frío de la noche que se clava en sus párpados húmedos. «Hay algo profundo que lo impide, dice. ¿Quién

se cree que es?». Las palabras de Luis le han abierto un camino por la memoria que no quiere volver a recorrer. Solo desea dormir y olvidar.

—¿Qué he hecho? —murmura Luis mientras la ve alejarse. La impotencia lo invade. Quiere ayudarla, pero no sabe cómo. Enciende un nuevo cigarrillo y empieza a arrastrar los pies en dirección a la tienda de campaña.

5

Esa noche Sara tiene extrañas pesadillas en las que anda perdida y asustada por túneles oscuros sin salida, o huye de siniestras muñecas sin cabeza que pretenden atraparla para que juegue con ellas. Una voz familiar la llama en susurros hasta que despierta sudando, pero con un frío gélido metido en el cuerpo y una sensación de desamparo que la deja vacía. Las primeras luces del alba se cuelan por la ventana.

Luis tarda en dormirse. La excitación por la evidente tensión sexual entre Sara y él queda contrarrestada por la extraña reacción de ella. Está muy descolocado y le da vueltas a la cabeza, sin atreverse a tomar decisiones. Así pasa las horas, removiéndose incómodo en el saco de dormir, saliendo a fumar, volviendo incluso al lugar donde intercambiaron confidencias. Se da cuenta de que en la roca permanece una de las muchas colillas que ha consumido esa noche. La recoge y se sienta a contemplar las incontables bombillas que ahora iluminan cada centímetro cuadrado de cielo. Enseguida se sobresalta por el primer haz de luz que lo atraviesa, fugaz. Y otro. Y otro... Y cada vez el deseo es el mismo.

Cuando el negro va tornándose en azul y las luces titilantes se van apagando, Luis regresa a la tienda. El baile de pensamientos continúa en sueños hasta casi el mediodía, cuando la insolación lo obliga a despertarse para no cocerse a fuego lento.

Antes de nada, se da una ducha fría para despejar cuerpo y mente. Durante un rato funciona. Por fin está relajado y la luminosidad del día le levanta el ánimo. Tiene hambre. Mira hacia el bar. «¿Se habrá calmado? ¿Le gustará verme?». No tarda en volver a ponerse nervioso. Decide ir a tomarse un café con leche y un bocadillo.

El local está casi vacío. Solo hay una pareja que comparte risas en una mesa al fondo, junto a una ventana. La pantalla gigante

está apagada. Suena *Wind Of Change*, de Scorpions, a un volumen generoso. Tras la barra, el camarero joven canta sin disimulo mientras seca unos cubiertos. No parece haber nadie más. «Quizás en la cocina o en el baño», piensa Luis, cuya desilusión por no encontrar a Sara es inversamente proporcional a la cantidad de nervios que le atenazan el estómago.

—¿Me pones un bocata de jamón y un café con leche, por favor?

—Enseguida, caballero.

Se dirige a una mesa, pero tras un par de pasos se gira.

—¿Estás solo?

El camarero lo mira con un punto de extrañeza, como pensando: «¿Y a ti qué te importa si estoy solo o no?».

—Sí, ¿pasa algo?

—Oh, no, no, nada. Me preguntaba si hoy no trabaja Sara.

El muchacho cambia entonces la expresión. Ahora lo mira con complicidad.

—Ah, ya entiendo. Qué maja es, ¿verdad? —Luis asiente, no muy convencido de querer compartir ese tipo de complicidad—. Pues no sé si va a venir. Yo creía que sí, pero quizás le hayan cambiado el turno.

En ese momento entra por una puerta que da a las oficinas un hombre de pelo blanco. Da los buenos días a Luis.

—¿Qué pasa, Juan?

—Oh, nada. El señor, que preguntaba por Sara.

El hombre, que había empezado a recoger los cubiertos, se detiene y mira serio a Luis.

—¿La conoce usted?

—S... sí. —Luis está en alerta, no le gusta esa expresión—. ¿Ha pasado algo?

—Oh, no, nada grave. Es solo que Sara se ha despedido esta mañana.

—¿Despedido? —repite Luis, como si no entendiera el significado de una palabra que amenaza con derrumbar el edificio de esperanza que había empezado a construir en su interior.

—Sí. —El hombre se da cuenta del mazazo que la noticia ha provocado en el joven y relaja el semblante. Se compadece de él—. Es una pena, porque hacía tiempo que no teníamos a una chica tan trabajadora y simpática con los clientes. Pero ha venido a primera hora para decirme que se tenía que marchar sin

dilación, que le había surgido una emergencia familiar y que se iba hoy mismo.

—¿Hoy mismo? —La demolición es absoluta.

—Vaya, lo siento. Veo que no es una mala noticia solo para mí.

—Pues sí, yo también voy a echarla de menos. Era muy buena compañera —corroboró Juan.

—Gra... gracias —balbucea Luis, al tiempo que da media vuelta y se dirige al exterior como un alma en pena. «Se ha ido», se repite sin poder creerlo.

—Eh, oiga. Entonces, el bocata y...

—Déjalo, Juan. No creo que ahora mismo esté pensando en comer.

El hombre del pelo blanco da un par de palmaditas cariñosas en el hombro a su empleado y retoma la tarea de ordenar los cubiertos.

—Lo que usted diga, jefe. Qué jodido es el amor.

El hombre asiente, con una media sonrisa nostálgica en los labios. Entonces se da cuenta de que la pareja sentada junto a la ventana ha asistido en silencio a la escena y les dedica un gesto de resignación, con los brazos abiertos, las palmas de las manos hacia arriba y los labios fruncidos.

—Qué se le va a hacer, ¿verdad?

Luis sale del bar en estado de *shock*. Está desorientado y le cuesta razonar. Su cerebro evoca la noche anterior, los ojos de Sara clavados en los suyos, con su mirada triste, la reconfortante sensación de los dedos de ella entre los de él. Y, por debajo, como una imagen impresa en una hoja tapada por otras, vislumbra otra mirada, decepcionada, la de quien lo fue todo para él. Pero no, esa imagen ya no le interesa, la que lo hace estremecerse de nuevo es la de Sara, tan próxima solo unas horas antes y que ahora, sin saber por qué, se ha esfumado.

Luis se deja llevar por sus pies bajo un sol ardiente y luminoso que contrasta con el frío gris plomizo que ha vuelto a apoderarse de él. «¿Por qué? ¿Por qué te has ido? ¿Por qué así? ¿De qué hu-yes?», se pregunta por fin, desconcertado, con las manos apoyadas en la valla de madera. Abajo, el río fluye con la calma que a él le falta y que no consigue contagiarse. Mira hacia lo alto de la montaña, en busca de la gran cascada que derrama el agua con fuerza. Pese a lo lejos que está, puede percibir cómo choca con las rocas con violencia, rabiosa. Así se siente él ahora, y la rabia lo hace reaccionar.

—No —murmura mientras niega con la cabeza—. No lo acepto. —Se fija en cómo cae el agua montaña abajo y sigue su trayectoria hasta el curso tranquilo que fluye a sus pies—. No merezco esto, no lo acepto. —Continúa negando y entonces se detiene, resuelto—. Voy a buscarte. Merecemos darnos una oportunidad para escapar del recuerdo.

Luis se sienta y se deja envolver por la calidez de los rayos y el murmullo del río. Mira a su derecha y sus ojos se posan en una piedra redonda, gris, del tamaño de un huevo. La agarra y la sopesa. Está caliente y tiene un tacto agradable, muy suave. Echa el brazo hacia atrás para tomar impulso y la lanza, con todas sus fuerzas, río arriba. El latigazo en el hombro lo saca definitivamente del aturdimiento. Cuando la corriente engulle a la nueva pasajera sin apenas inmutarse, Luis se incorpora, da media vuelta y empieza a desandar el camino.

6

El cuentakilómetros va girando a la misma velocidad que sus pensamientos. El viejo Seat Ibiza devora el asfalto con ansia, empujado por un pie implacable que se ensaña con el acelerador. El sol tampoco tiene piedad con el coche ni con su ocupante, cuya espalda hace rato que corre el peligro de derretirse y fusionarse con el chorreante respaldo del asiento. No hay aire acondicionado. En su lugar, Sara lleva las ventanillas completamente bajadas y fantasea con que la fuerza del aire sofocante que entra por ellas arrastre los recuerdos indeseables que la acosan.

Por lo menos, la ensordecedora combinación del viento que la abofetea y el aullido doloroso del motor se le clava en el cerebro, dificultando la afluencia de los pensamientos insidiosos.

Agarra el volante con fuerza. Las manos también le sudan. Recuerda entonces la agradable sensación de los dedos de Luis entrelazados con los suyos. Se le dibuja un atisbo de sonrisa, pero enseguida se obliga a borrarlo. Aprieta más fuerte el volante, con rabia, y vuelve a fijar la vista en el asfalto, que amenaza con derretirse. Un desagradable zumbido le provoca una mueca de disgusto. Un tábano enorme revolotea por el salpicadero, golpeándose contra el parabrisas.

—¡Mierda!

Sara se pone nerviosa. Tiene que parar. «Como me pique ese monstruo, veo las estrellas». Un sostenido y ruidoso quejido en el estómago le recuerda además que hace horas que el café con leche y las dos galletas llegaron a la planta de los pies. Una oportuna señal que anuncia la proximidad de un área de servicio aparece entonces en el arcén.

Sin apartar los ojos del bicharraco, recorre el largo kilómetro y estaciona en un aparcamiento semicubierto que atenúa unos grados el infierno.

Antes de salir del coche, Sara coge la camiseta de repuesto que llevaba preparada en el asiento del acompañante y se dispone a utilizarla como arma asesina en contra del tábano.

—La has cagado de lleno metiéndote aquí —sentencia mientras descarga toda su furia en el desdichado insecto, que unos segundos después yace inerte en el salpicadero, detrás del volante. Sara lo agarra de un ala, con expresión mezcla de triunfo y asco, y lo lanza por la ventanilla.

Cuando Luis vuelve a entrar en el bar, no queda ningún cliente. Con el calor que hace, la gente está en la piscina o refrescándose en el río. El dueño del *camping* pasa el rato secando vasos y copas con parsimonia. Al sentir la puerta, levanta la vista y no puede evitar que una expresión compasiva le aflore en el rostro.

—Hola, majo. ¿Qué puedo hacer por ti ahora?

A Luis le alivia que no haya nadie más. Se le hará más fácil exponer su propuesta.

—Ho... hola.

El hombre se seca las manos con el paño y lo cuelga de un pequeño gancho junto a la pica. Entonces se dirige al tirador de cerveza y coloca una copa debajo.

—Deja que te invite a una cerveza fresquita. Con el día que hace, debes de estar sediento.

Luis balbucea un agradecimiento y se aproxima vacilante. El hombre deja la copa llena sobre la barra y se la acerca. Luis la toma con timidez, pero con el primer trago la sensación refrescante en la garganta empieza a desterrar dudas.

—Ahhh... Sí que está fría.

Su interlocutor asiente complacido y le sonrío, expectante ante lo que el joven vaya a decirle. Sin embargo, antes de hablar, Luis da otro trago, buscando la seguridad que aún le falta. Por fin deja la copa y carraspea.

—Siéntate, hombre.

Luis sonrío nervioso y se acomoda en un taburete. Repiquea con los dedos sobre el pie de la copa. Coge aire.

—Creo que ya sabe por qué he venido.

—Lo imagino. Son muchos años de tratar con gente de todo tipo. —La sonrisa cómplice inspira confianza a Luis—. Pero prefiero escucharte.

—Verá. Anoche Sara y yo estuvimos paseando y tuvimos una conversación muy agradable —mientras habla tiene la vista fija en las gotitas que resbalan por la copa—, pero, cuando más a gusto estábamos, de repente, se largó. Supongo que le molestó algo que dije, pero no me dio oportunidad de averiguarlo.

Se incorpora sobre el taburete y mira al hombre: tiene la expresión de quien ya lo ha vivido todo y está en paz consigo mismo.

—Esta mañana pensaba retomar la charla —continúa—, y cuando usted me ha dicho que se había ido no me lo podía creer. Pero no puedo dejar las cosas así. Quiero hablar con ella.

El hombre lo observa. Es evidente que el muchacho está angustiado. Aunque han pasado muchos años, no ha olvidado la tormenta interior que se desata cuando aparece el enamoramiento.

—Te gusta esa chica, ¿eh?

Luis asiente y bebe otro trago.

—Todavía no tengo claro cuánto, pero sí sé que vale la pena descubrirlo, y usted es la única persona que creo que podría ayudarme, por lo menos a intentarlo.

El joven se queda mirándolo fijamente y aguanta la respiración mientras espera la respuesta. El hombre hace una mueca con los labios y repiquetea con la mano en la barra, sopesando las alternativas.

—Tú sabes que no puedo proporcionarte sus datos de contacto. —Las esperanzas de Luis quedan hechas añicos. Deja caer los hombros y la cabeza—. Pero quizás haya una manera de que resolvamos este conflicto sin que yo quebrante la ley ni la confianza de mi empleada.

Luis vuelve a levantar la cabeza. El corazón le late de nuevo, con una fuerza que amenaza con dañarle la caja torácica. El dueño del *camping* sonríe.

—Soy todo oídos.

—Ya. —Mira a la puerta que da acceso a la oficina—. Creo que todavía tengo sobre la mesa de mi despacho el contrato de Sara. Debería ser más cuidadoso con los documentos que contienen información sobre mis empleados. También debería ser menos confiado. Nunca cierro la puerta con llave y cualquier día

me llevaré un disgusto, pero es que cuando uno llega a cierta edad ya es muy complicado cambiar de hábitos.

El hombre le guiña un ojo y desaparece por la puerta batiente de la cocina.

Luis tarda un segundo en comprender la situación. Le resulta tan surrealista que le cuesta reaccionar. «¿En serio me está invitando a que entre en su despacho en busca de los datos de Sara?». Baja del taburete y, titubeante, busca el lugar para acceder al otro lado de la barra. Entonces se da cuenta de que delante de él, estratégicamente situado, alguien ha dejado un pequeño cuaderno para anotar los pedidos de los clientes y un bolígrafo. Luis sonríe, coge el boli y arranca una hoja. «Pues sí, es en serio».